mina, pasando por el lado opuesto un rio que lleva el mismo nombre de la población. A alguna distancia del expresado rio se encuentra una iglesia; á la izquierda de ésta y un poco adelante está la casa principal, en donde los franceses depositaron los caudales de la conducta y las mercancías, y á la derecha, sobre la parte más elevada de la ribera del rio, se levanta una casa pequeña de adobe, con la cual, como dejamos dicho, completaron la formación de un parapeto en forma de triángulo, que empezando por la casa grande, siguiendo por el templo y de alli á la casita de adobe, iba á concluir por la espalda de la casa principal. Aquel parapeto tenía sus respectivas trin cheras, pero carecía de fosos.

Corona, que conocía todos aquellos pormenores, lamentó en gran manera la falta de artillería, porque con ella habría podido batir ventajosamente á su enemigo desde lo alto de la colina; ateniéndose, empero, á los elementos que estaban á su alcance, dispuso que cien infantes del primer batallón de Concordia, á las órdenes del comandante Jesús Peraza, apoyados por cien del segundo batallón de Concordia al mando de Camberos, tomaran el camino recto de Veranos y atacaran por un punto más acá del rio, llamado el Crestón, pero con orden expresa de no romper las hostilidades hasta que no hubieran oido la descargas de cien dragones, que mandados por el coronel Anacleto Correa, debían atacar por una vereda que va de Siqueros al punto fortificado. A este jefe se habia prevenido que hiciera un movimiento tan brusco, que pudiera cubrirse con los mismos fortines para evitar que el enemigo le diezmara sus soldados, cuya operación tenía por

objeto distraer á los franceses, para que las infanterías, protegidas por la oscuridad, pudieran colocarse en situación á propósito de batir y acaso de asaltar. Mandó además, que cien hombres del segundo batallón de Concordia, á las órdenes del coronel Isidoro Peraza, con otros cien de reserva del batallón Pánuco que guiaba su propio coronel Rubí, atacaran por el lado del rio, previniéndoles que no hicieran disparo alguno hasta que oyesen los de la primera columna. Dictadas estas disposiciones, Corona, con el coronel Martinez y una guerrilla de este jefe, marchó directamente al punto objetivo, tomando por el camino de los Cerritos, y recojiendo á su paso cien jinetes que por orden anterior había colocado en aquel punto el coronel Correa.

Aquellos seiscientos hombres se movieron en los términos expresados, y al dar los franceses el toque de retreta y lista de ocho, los fuegos de fusilería se rompieron, á la vez que el coronel Correa ejecutaba la maniobra que tenía encomendada, excediéndose de las órdenes que se le habían dado, pues saltó con sus dragones las trincheras. Semejante arrojo impuso de tal suerte al enemigo, que le hizo de pronto replegarse al interior de la iglesia y de las casa grande y chica, no volviendo á ocupar sus puntos sino algunos instantes después en que se hubo repuesto de la sorpresa.

Al observar Corona el movimiento de Correa, se dirigió al galope hacia las infanterías que debían atacar por el lado del rio y del Crestón, y notó que mientras Rubí batía la pequeña casa y Jesús Peraza la iglesia, el coro-

nel Isidoro Peraza, aprovechándose de la confusión introducida por Correa, se había colocado frente á la casa grande, apoyando el ataque que éste último daba á los cazadores de Vicennes, en el cual los infantes franceses, cubiertos con sus pequeñas trincheras de ladrillo. con una rodilla en tierra y el arma vigorosamente embrazada, recibían como soldados de bronce, en la punta de sus marrazos, el formidable empuje de los caballos de Correa, que saltando el antepecho de ladrillo, y confundiéndose con el enemigo y con los infantes de Peraza, iban á morir en el recinto fortificado. Este combate parcial y sangriento dejó en poder de Correa é Isidoro Peraza, el parapeto posterior que unía la casa principal con la pequeña.

Corona llegó á este último punto, mandó levantar los heridos, y dándoles veinticinco caballos de escolta, ordenó que fuesen llevados al Verde. En seguida destacó cincuenta dragones que fuesen en observación de Castagny sobre el camino de Siqueros, previniéndoles actividad y valor en su vigilancia, porque de ellos dependía que continuara ó se suspendiera la batalla, y por último, mandó que veinticinco hombres de á caballo, recorrieran también en observación el camino de la Noria hasta una distancia de tres leguas.

Inmediatamente después mandó que las caballerías y la mayor parte de las infanterías dieran una segunda carga, la cual fué tan ruda y de tan felices resultados, que se apoderaron definitivamente de la casa chica y del portal de la grande, quedando aquella cubierta de sangre, y de cadáveres de hombres y caballos. De allí fueron

levantados heridos el teniente coronel Juan de Dios Rojas, el comandante Jesús Peraza, el pagador de uno de los batallones de Concordia, Zeferino Torres, y otros muchos oficiales é individuos de la clase de tropa, cuyos nombres sentimos no poder consignar en estas páginas, consagradas á perpetuar el recuerdo de aquellos denodados defensores de la independencia.

Eran cosa de las doce de la noche, cuando Corona comprendió que era llegado el momento de desplegar toda la acción de las infanterías y de aprovechar de otra suerte el brio de las caballerías; dejándolas á la espectativa de una salida. Situó, pues, á Rubí con su fuerza en una esquina de la casa grande, para que con sus armas listas estuviera pendiente de la puerta, y además, para los casos imprevistos, puso á sus órdenes cincuenta caballos cubiertos en un barranco. El enemigo, que adivinó esta intención, volvió sus certeras punterías contra las columnas de Rubí, haciendo un fuego tan vivo y tan sostenido, que empezó á diezmar sus filas.

Temiendo, por otra parte, el amago de Castagny, Corona quiso apresurar el desenlace de tan violenta situación, y preguntó á Martinez cuál era su opinión sobre aquel negocio; este jefe contestó en el acto que el mejor medio era el incendio; Corona aceptó el consejo de Martinez; y mandó inmediatamente que se tomara el zacate seco que formaba el techo de unos jacales cercanos, y se arrojara ardiendo á los techos y puertas de la casa grande, y como en el patio de ésta se encontraban hacinadas las mercancias con el dinero de la conducta, las llamas

se comunicaron fácilmente á los muebles, y á todas las materias combustibles, produciendo el aire comprimido tal explosión, que las puertas y ventanas fueron lanzadas á distancia como por la descarga de una batería, dejando el edificio convertido en un horno que alumbraba el campo liberal con la siniestra luz del incendio. En aquellos momentos un grupo de más de veinte franceses se arrojó por las ventanas tratando de salvarse, pero una descarga de la infantería de Rubí los tendió por tierra, escapando únicamente dos heridos à favor de la oscuridad de la noche y de lo fragoso del monte.

El enemigo, entonces, acosado y en el colmo de la desesperación, rompió desde el interior de la casa y de la iglesia un fuego nutridísimo sobre los asaltantes, hasta el extremo de que el jefe mandó retirar una parte de la caballería que servía de blanco á los tiros del enemigo, y al ejecutar aquella órden, el intrépido Correa recibió una bala en el costado, que le hizo caer muerto al pié de sus dragones.

Herido en lo mas íntimo del alma al ver morir al más valiente de sus ginetes, Corona mandó á Martinez que diera el último ataque por las alturas de la casa, en donde tomó varios prisioneros. mientras que otra columna daba un asalto sobre el templo. Pronto cayeron las puertas, y las infanterías vencedoras se apoderaron de tres oficiales, cincuenta y siete cazadores de Vincennas y cuarenta arrieros. Los demás franceses yacían muertos sobre el suelo y en diferentes puntos de la línea fortificada. Rubí salió inmediatamente con los prisioneros rumbo al pueblo de Jacobo. A las tropas se ofreció como botin, en premio de su buen comportamiento, la mitad de las riquezas tomadas al enemigo, debiendo pasar la otra mitad á la pagaduría. Esto, sin embargo, solo produjo á las cajas la suma de 10,000 pesos, pues el dinero se había fundido en gran parte debajo de los escombros que aun estaban ardiendo, y no había que perder un tiempo precioso en recojer lo que se había salvado del desastre.

A las dos de la mañana se procedió á la evacuación de de Veranos, mandando á la vez que se retiraran las fuerzas avanzadas: diose orden en seguida al coronel Gutierrez, para que con los heridos marchara hacia Concordia, mientras que Corona se puso en movimiento con Martinez y sus ayudantes, extraviando á poco andar el camino que llevaba la tropa, lo que hizo que fueran á dar á la Puerta de San Márcos, cuyos vecinos ignoraban hasta aquella hora los sucesos de Veranos. De allí continuaron paro Jacobo, en donde alcanzaron á la fuerza que conducía á los prisioneros, los cuales habían sido puestos bajo la custodia del capitán Montaño.

Las tropas prosiguieron su retirada, y Corona con Martinez y Rubí quedó en espera de las noticias que debían llevarle los exploradores que había dejado en el lugar de la acción. Efectivamente, estos llegaron avisando que Castagny con toda su fuerza había retrocedido, y se encontraba ya en las ruinas de Veranos. El jefe los hizo volver dándoles la misma consigna de tenerle al corriente de todos los movimientos verificados por el enemigo.

Corona manifestó á los jefes que le acompañaban la perplejidad en que se hallaba su ánimo sobre el destino que hubiese de dar á los prisioneros, pues estaba seguro de que Castagny le perseguiría sin descanso hasta despojarle de su presa. En tal eventualidad, tendría que entrar en acción, distrayendo por lo menos unos doscientos hombres de su mejor fuerza para vigilar á los prisioneros, lo que era de una importancia decisiva, atendido el reducido número de soldados fieles que le acompañaban. Fuera de esto había que recordar que el gobierno general había expedido diversas disposiciones, previniendo á todos los jefes militares que se condujeran con los prisioneros del enemigo, de la misma manera que éste se condujera con los suyos; y apenas hacía diez dias que los franceses habían pasado por las armas á catorce de sus prisioneros en el Espinazo del Diablo, con lo que le habían marcado la linea de conducta que debía observar Los invasores, por otra parte, se hallaban en posesión de todas las capitales de la República, en calidad de conquistadores y con el orgullo de creerse los primeros soldados del mundo, mientras que los defensores de la patria, reducidos á la triste condición de guerrilleros, luchando con el hambre y con toda especie de privaciones, se veían estrechados á utilizar las pequeñas ventajas que el acaso ó el valor les ofrecía, á cumplir con las leyes del jefe supremo de la nación, y lo queera más importante en aquellas circunstancias, á contar para el combate con los cien hombres que cuidaban de los expresados prisioneros. Muertos los Cazadores de Vicennes, habría sesenta enemigos

menos, y era problable que en tal caso Castagny desistiera del alcance; habría entonces tiempo de reorganizarse, y si las fuerzas de Mazatlán emprendían después la campaña, obrarían de una manera tan bárbara y tan sin cuartel, que los pueblos aterrorizados por semejante azote, abandonarían sus hogares, y despechados, irían más tarde á engrosar las filas de los independientes.

Estas consideraciones de una terrible exactitud, robustecidas por otras varias que agregaron Martinez y Rubí, produjeron la determinación de hacer ahorcar á los prisioneros en un punto llamado el Pozo Hediondo, en que se bifurcaba el camino, teniendo la precaución de marcar huellas de un paso reciente en ambas líneas, con objeto de que el enemigo se desorientara al llegar allí. Debemos agregar que los prisioneros fueron sentenciados á la referida muerte, para evitar que el general francés se apercibiera del fuego de las descárgas y para economizar el parque, harto mermado ya después del combate de Veranos. Más tarde los indígenas de Jacobo pidieron permiso para sepultar los cadáveres de aquellos desgraciados, lo que les fué concedido.

Hizose, sin embargo, una excepción en favor del fletero principal, Plácido Vargas, pues habiendo prestado grandes servicios á los invasores, se le condenó á sufrir igual pena que los prisioneros; pero habiendo manifestado que no podía conformarse con morir llevando sobre si la nota de traidor, pidió con reiteradas súplicas que se le permitiera acabar sus dias de una manera digna de la patria en que había nacido, colocándole en el primer en-

cuentro que se presentara en la cabeza de la columna de vanguardia, para que á lo menos su sangre borrara la infamia que pudiera reportar su nombre. Rubí se conmovió y rogó al jefe que accediera á aquella demanda, como lo hizo, en efecto, y unido á los cuarenta arrieros que le acompañaban dieron un aumento de consideración á las reducidas fuerzas republicanas. Vargas quedó de jefe de una compañía; pero más tarde se vió que aquello no había sido más que un ardid para escapar de la muerte, pues se fugó en la primera oportunidad pue se presentó.

Por su parte el gobierno del señor Juárez, establecido entonces en Chihuahua, aprobó la conducta del general Corona en lo que se relacionaba con la ejecución de los prisioneros de guerra tomados á los franceses en la acción de Veranos, y decía, al efecto, que se había obrado en justicia, toda vez que los intervencionistas habían fusilado á los mexicanos que cayeron en su poder en el combate del Espinazo del Diablo, y ya que igual conducta había seguido el general Douay con *ciento y tantos hombres* tomados á Arteaga en el sur de Jalisco. Se recordaba, á la vez, que el coronel Potier había pasado por las armas en Tiguidín, el veintitres de noviembre, á un coronel republicano y la disposición de Maximiliano, del tres de dicho mes, en que declaraba que fueran considerados como bandidos á todos los patriotas que defendieran la independencia nacional. Todas estas consideraciones determinaron al gobierno de la República á aprobar la ejecu-

ción de los prisioneros franceses, y en vista de ellas ordenaron á Rosales que se usara en la guerra del derecho de represalias.

Estos acontecimientos sirvieron para que el ministro de la Guerra felicitara á los patriotas sinaloenses por la honrosa defensa que hacían de la independencia nacional y para que les agradeciera, en nombre de la patria, los sacrificios realizados en aras de la más noble de las causas.

Para que se comprenda cuán utiles juzgaba el gobierno nacional los servicios que prestaba á la República el Estado de Sinaloa, basta leer este parrafo de una comunicación dirijida al general Rosales por el secretario de Guerra:

"Ha visto el ciudadano presidente con satisfacción el muy honroso comportamiento del C. general Corona y de todos los patriotas valientes que están á sus órdenes. Las recomendaciones que hace de los batallones *Degollado y Pueblos Unidos*, y en particular de los C.C. coronel José M. Gutierrez y comandante Gregorio Saavedra, es para ellos un título glorioso de su mérito, que los hace acreedores á toda consideración del gobierno.

"El ciudadano Presidente me encarga decir á vd. se sirva comunicarlo así al C. general Corona, y que manifieste á vd., además, que está viendo con todo el aprecio que merece la patriótica conducta de vd. y todos los jefes y ciudadanos del Estado de Sinaloa, para defender la causa de la independencia y de las instituciones de la República."

Palabras son todas estas que encierran el más completo elogio de patriotismo de los hijos de Sinaloa, quienes debían singularizarse en la historia por el entusiasmo con que defendiéron una causa santa como lo veremos en las páginas que siguen.

CAPITULO XXV.

1865.

ENERO A FEBRERO.

Resultados de la acción de Veranos. Movimientos dol general Castagny. Parra derrata á una columna francesa. Es derrotado en Veranos. Muerte de Montarby. Conducta de Munier. La Corte Marcial. Nombramientos hehos por Castagny. Conducta patriòtica del licenciado Gaona. Documentos relativos à este asunto. Nota oficlal de Castagny al mariscal Bazain. Conducta de los franceses en Mazatlán. Los alojamientos. Sale una expedición rumbo á Concordia. Incendio de la población. Infamias y atentados. Proclama de Castagny. El cura de Concordia. Patriotismo de la heroina Concha Valdéz. Nobles palabras de esta matrona. Consideraciones sobre estos acontecimientos. Fin del Capítulo.

DESPUES del desastre sufrido por los franceses en Veranos, el general Castagny retrocedió de Siqueros en auxilio de sus fuerzas. Una parte de la gente que Cas-